

no mucho después, las conmociones políticas, las ideas de libertad y de progreso y el sentimiento de nacionalidad sobrecitado por la lucha contra la invasión napoleónica, prestaron á nuestra poesía lírica una elevación, una majestad y un brío superiores á todo lo antiguo, salvo lo inspirado por la fervorosa devoción cristiana y por el misticismo.

En verdad, y no como figura retórica, el cantor de la libertad y de la patria desenterró la lira de Tirteo, y, á la radiante luz del sol, más alto que Simónides en el collado de Antela, la hizo resonar en la cumbre

Del ríscoso y pinífero Fuenfría,

con resonancia inaudita desde la edad clásica de Atenas y Lacedemonia.

Absueltos quedan ya los que en aquellos días de lucha se sometieron mansamente á los invasores ó siguieron con gusto la fortuna del César francés, creyéndolo más ventajoso para su patria. El desdén y la crueldad con que los poderes internos y externos, vencedores del Imperio, pagaron á los patriotas liberales, si no justifica, absuelve á los afrancesados.

Aunque el desarrollo en toda Europa y en las colonias y vastísimas regiones del mundo dominadas ó habitadas por europeos, se hizo sentir y produjo patentes progresos y mejoras en España y en

sus dominios coloniales, y aunque es innegable que España, al mediar el siglo que está ahora próximo á su fin, había aumentado su riqueza, su bienestar material y el número de sus habitantes, fuerza es convenir también en que estos aumentos y mejoras fueron harto pequeños en comparación de los que se hacían en otras más felices regiones, por donde nuestro desnivel con ellas se hizo evidente.

La discordia perpetua entre los partidarios de un antiguo régimen, que tal vez no tuvo nunca existencia real, y de los partidarios de doctrinas nuevas, políticas y económicas, tildadas de subversivas de todo orden, anticristianas é impías, fué rémora de todo progreso é hizo recelar con frecuencia mayores infortunios para la patria. Entonces perdimos nuestro inmenso imperio colonial en América, desde Tejas y California hasta el Estrecho de Magallanes. Hubo guerras civiles que duraron años, que consumieron nuestra actividad y nos empobrecieron: mudanzas frecuentes, conmociones sin fruto, y un pronunciamiento cada año, y motines militares ó civiles cada semana. Rara vitalidad mostró España con no caer más hondo, agitada en opuestos sentidos por tan inútiles convulsiones.

El ingenio español no se debilitó, sin embargo. Su cultivo perdió tal vez en solidez y en método,

pero algo ganó en extensión. Se estudió á escape y someramente, pero fué más variado y completo el objeto del estudio. Se descuidó no poco la firme base de una educación clásica, pero crecieron la curiosidad general, el anhelo de investigación y el deseo de alcanzar en su marcha progresiva á otros pueblos más adelantados. La prensa periódica abrió ancha palestra en que la juventud luciese sus facultades mentales. Y, por último, un arte, si no ignorado, poco reconocido y aplaudido antes, la oratoria de la tribuna, apareció entre nosotros con brillantez extraordinaria. La rara facundia de los españoles se ejerció expresando ideas y pasiones en el más sonoro y majestuoso idioma de la edad moderna.

Contra el torrente invasor de la cultura extraña, contra la admiración, á menudo sobrado humilde y sin crítica, que solía inspirarnos, y contra el afán de remedarla servilmente, se manifestó una reacción provechosa. Se popularizaron en nuevas ediciones las antiguas joyas del ingenio español que estaban arrumbadas y como olvidadas, por donde era su conocimiento algo á modo de ciencia oculta y de tesoro escondido, del que hombres como Gallardo, Gayangos y Serafín Calderón fueron al principio codiciosos acaparadores, luego custodios celosos, é iniciadores y divulgadores al cabo.

Tal era el estado de España cuando apareció y

resplandeció entre nosotros el último, cronológicamente, de los cuatro varones ilustres cuya repatriación y honrosa inhumación en nuestro suelo celebramos hoy.

Las comparaciones son tan difíciles como odiosas, y yo he de esquivar el hacerlas. Valor subidísimo tiene el poeta de las tradiciones, el épico popular D. José Zorrilla. No vale menos el egregio Espronceda, en quien los espíritus de Byron y de Goethe, que á veces penetran en el suyo, no invalidan la propia fuerza y natural virtud que le ponen con frecuencia por cima de sus modelos.

Con nadie, en aquel período, que fué fecundísimo en España de hombres de ingenio, período en que hasta la olvidada ó descuidada filosofía revivió, con no escaso valer, en D. Jaime Balmes, quiero yo comparar ni comparo al Marqués de Valdegamas. Sólo digo que el Marqués de Valdegamas personifica mejor que nadie la agitación de los espíritus y el estado mental y algo febril de España á mediados del presente siglo.

El lirismo en prosa, la exuberancia de flores en el estilo y la propensión á encerrar sintéticamente en las cláusulas ó períodos de un discurso todo lo humano y todo lo divino, componiendo así estupendos y refulgentes cuadros sinópticos, que embelesaban, hechizaban y tal vez deslumbraban á los oyentes ó á los lectores, se había puesto muy

de moda en París, y, como todas las modas, había pasado á España. Chateaubriand, Lamartine, Lermínier, Edgardo Quinet, Lamennais, Eugenio Pelletan y otros escritores no menos floridos y pomposos, excitaron nuestra admiración y emulación y nos sirvieron de modelo. A la verdad que, con tal método, ó más bien con la falta de método que este modo de escribir implica, era punto menos que imposible llevar dialécticamente la convicción al espíritu de nadie; pero el fervor y la grandilocuencia de quien hablaba ó escribía, transfiguraban al orador ó al escritor en algo á modo de profeta. Así, sus palabras podían hacer más prosélitos y convencidos que lo expuesto con dialéctica, pausa y reposo.

En España se presentaba además un singular fenómeno. El bajo nivel en que nos veíamos con respecto á naciones más adelantadas, las tristezas de lo presente y la corta esperanza en el porvenir encendían en nuestras almas cólera y odio contra lo que estaba vigente, y amor veheméntísimo, y á menudo poco razonable, á lo que ya había pasado, aunque no hubiera sido nunca como imaginábamos nosotros. De aquí que muchos autores, hasta cuando eran en la vida práctica y diaria revolucionarios, librepensadores y progresistas, no bien se encumbraban sobre el trípode y se sentían inspirados, peroraban, escribían ó cantaban como si

fuesen pecadores arrepentidos y penitentes, y se convertían en reaccionarios. Haciendo pública confesión de sus extravíos, los achacaban á castigo del cielo, porque habían caído en la *funesta manía de pensar* y habían investigado con soberbia confianza en sus fuerzas, los inescrutables arcanos de la Metafísica, pugnando por averiguar algo de las cosas divinas. Entonces se desataban en diatribas y en insultos ditirámbicos contra la Filosofía y contra la ciencia: se mostraban atormentados por la duda, como Prometeo por el buitre que devoraba sus entrañas. Y, por último, al notar con dolor el lastimoso desquiciamiento de nuestro país, no desenterraban ya la lira de Tirteo, como había hecho el gran Quintana, sino el arpa del cantor de los trenos, y exclamaban de esta suerte:

¡Ay! Solitario, entre cenizas frías,  
Mudas ruinas, aras profanadas  
Y antiguos derruídos monumentos,  
Me sentaré, cual nuevo Jeremías,  
Mis mejillas en lágrimas bañadas,  
Y romperé en estériles lamentos.

Arrastrados los espíritus por esta pendiente, nadie se dejó llevar por ella con mayor ímpetu que D. Juan Donoso Cortés. Hubo un temeroso, aunque breve periodo histórico, en que las revoluciones y trastornos fueron violentísimos, sangrien-

tos y generales, no ya en España, donde por rara contraposición se mantuvo todo en sosiego, refrenado por la mano durísima de un caudillo algo despótico, sino en el centro y en el Occidente de Europa: en Italia, en Austria, en Hungría, en Alemania y en Francia. Sobre las contiendas de razas y de pueblos que reivindicaban su autonomía, y sobre el desbordamiento y el triunfo de la democracia política, apareció la ínfima plebe ansiosa de revelarlo todo, empeñada en que fuese para ella el provecho de la victoria y amedrantando á la entronizada burguesía, no pocos de cuyos adalides, conductores y maestros, creyeron llegados los tiempos apocalípticos.

El eco más resonante que tuvo este sentir y este pensar, y el monumento á mi ver más duradero y dentro de su condición magnífico y hermoso, fué el libro capital del varón ilustre que recordamos y celebramos ahora: el *Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo*.

No hallar *nada más vil y despreciable que el género humano fuera de las vías católicas*, se aviene mal con aquella exclamación de San Agustín, cuando, sin distinguir cristianos de gentiles, dice: *Gran cosa es el hombre, hecho á imagen y semejanza de Dios*. La corrupción y la caída de nuestra naturaleza fueron grandes, sin duda, después de pecar nuestros primeros padres, pero tal vez las exagera

Donoso cuando declara imbécil la razón humana y asegura que son invencibles su afinidad con el error y su repugnancia á toda verdad aunque sea evidente. Si nos hundimos en tan negra sima, ¿qué significa ni qué vale *la luz que*, según el Evangelista, *ilumina á todo hombre que viene á este mundo?* ¿Para qué el raciocinio sino para extraviarnos y matarnos, si la *discusión es la muerte que viaja de incógnito?* ¿Cómo suponer que el hombre está tan decaído y degradado, cuando su divino Maestro le aconseja y le alienta para que sea perfecto como su Padre que está en el cielo?

Las reminiscencias del conde José de Maistre perjudican también algo la ortodoxia de Donoso. Es duro creer en la virtud purificante de la sangre derramada; terrible, aunque se tome como mera figura retórica, es la frase de que *el mundo suda sangre bajo la presión divina*; y muy cruel y muy en desacuerdo con el concepto que de la Divinidad deben tener los pueblos cultos, es la afirmación de la conveniencia ó de la necesidad providencial de las guerras y la apología de la pena de muerte y del oficio de verdugo.

No se declara Donoso francamente tradicionalista, pero á veces se nota en lo que afirma el influjo de Bonald y del ya citado José de Maistre. Si el alma humana, ó por naturaleza ó á consecuencia del pecado, es ó resulta incapaz de percibir y

de aceptar la verdad trascendente, el grosero sensualismo de Condillac sirve de base á la creencia. Menester es entonces que por medio de la palabra material, que agita el aire y suena en nuestros oídos, ó del signo escrito que hiere nuestros ojos, sepamos del bien y del mal, lo que nos pierde y lo que nos salva, y entremos en comunicación con quien nos ha creado. ¿Cuánto no repugna esto á los admiradores arrobos de nuestros místicos, en cuya alma penetra quien lo llena y lo penetra todo, y penetra con mayor intimidad que en los demás seres, y penetra inmediatamente, sin pasar por los sentidos, sino abstrayéndose de ellos, el alma CON MUERTE *que se trueca en vida* y con encuentro y *toque que á la vida eterna sabe* y que el amor divino alcanza aún durante nuestra vida mortal, si nos recogemos y nos hundimos en los abismos de nuestra propia mente?

Cuanto aquí va dicho no obsta para que admitamos y celebremos el sin igual talento de Donoso Cortés. Aunque su libro enseñe menos que el más compendioso manual de Teología, es á modo de un auto sacramental en prosa, escrito por estilo novísimo; algo como novela, donde los personajes en vez de ser hombres y mujeres, damas y caballeros particulares, permítasenos tan familiar llaneza en la expresión, son la ciencia, la fe, la gracia, el libre albedrío, la humanidad, los ángeles y Dios

mismo. Todo ello está aplicado á la política y vale para confundir y anatematizar á los socialistas y para buscarle con aceradas y punzantes burlas del Sr. Guizot y de los doctrinarios. Contra estos emplea Donoso un tesoro de agudezas y arroja un torrente, un mar de sublimes invectivas. Son una secta que nunca afirma ni niega, que siempre dice *distingo*, y que aburre y hace perder la paciencia al pueblo, á quien, por lo visto, no le sobra. Así es que, *apremiado por todos sus instintos, llega un día en que se derrama por las plazas y las calles pidiendo á Barrabás ó pidiendo á Jesús resueltamente y volcando en el polvo las cátedras de los sofistas.*

Después del triunfo del pueblo, después que ha logrado que le suelten á Barrabás los conservadores, que hacen el papel de Pilatos, Donoso describe la abominación de la desolación y vaticina el castigo severísimo é inminente de las muchedumbres entregadas al sangriento retozo de sus detestables orgías. En veinte ó treinta renglones, merced á la capacidad sintética y á la concisión de su estilo, traza Donoso un epítome de Historia universal para que veamos de qué suerte castiga Dios al pueblo, engraido cada vez que se subleva, incurriendo en paganismo ó idolatría. Primero le hace caer y ser pisoteado por los tiranos babilónicos; luego, engañado por los sofistas; después, sujeto á Calígula y á

otros varios y sucesivos tiranos, todos, por supuesto, menos infames y malvados que el pueblo mismo. Y Donoso anuncia, por último, que el paganismo novísimo se despeña en más hondo y obscuro precipicio, y que *tal vez se remueve ya en el cieno de las cloacas sociales el que ha de ajustar á su cerviz el yugo de sus impúdicas y feroces insolencias.*

Claro está que á mí, que no soy definidor ni censor eclesiástico, y sé poco ó nada de teología, no me incumbe decir aquí, ni está bien que diga, si cuanto dice Donoso está ó no está en desacuerdo con la doctrina ortodoxa. Yo quiero suponer que lo está, y que si á veces parece no estarlo, es por cierta intrepidez arrogante de las sentencias y por la pomposa, vehemente y enfática exageración de las cláusulas y períodos. Por lo demás, en esta Academia, que no es de ciencias, sino de literatura y de lenguaje, debemos limitarnos á estudiar y apreciar el mérito filológico de un libro, considerándole sólo como obra de arte, como primoroso dechado que la palabra teje y borda, como poema en prosa y casi como obra de mero entretenimiento.

Puesta tan prudente limitación, bien podemos, sin escrúpulo de conciencia y sin el menor recelo de encomiar algo que tenga visos y vislumbres de herejía, elevar como elevamos hasta más allá de las nubes el valer y la importancia del libro de Dono-

so: elocuentísima manifestación del espanto de las clases media y privilegiada, no solo en España, sino en toda Europa, durante la tremenda revolución, en cierto modo cosmopolita, de mediados del presente siglo. Y más pueden crecer, y crece nuestra admiración y nuestra alabanza al notar el arte con que el libro está hecho y la magistral trabazón de todas sus partes en armonioso conjunto. Proudhon, que inspira á Donoso y le estimula con el deseo de contradecirle, si bien no es menos disertor, queda por bajo en la nerviosa concisión del estilo y en el metódico encadenamiento con que Donoso lo enlaza y ordena todo al fin que se propone.

La Teología es la ciencia de las ciencias, la que se aplica á todo, y de la que dependen la prosperidad ó la desventura de las sociedades, según que la Teología, que les sirve de base, sea verdadera ó falsa, divina ó diabólica. Poco importa que Donoso, impulsado por su amor á la paradoja, llegue á debilitar su argumentación con ejemplos contraproducentes. Su argumentación es en lo substancial atinada. Nos mueve un tanto á risa, y nos sorprende la curiosa noticia de que el ladino y travieso Alberoni, en el supuesto de que fué eminente político y hombre de estado, lo debió todo á la mucha teología que estudió y supo, lo cual sólo se concedería si con irrespetuoso desenfado aplicásemos á cierta teología el mismo epíteto que aplica-

mos en broma á la Gramática, llamándola *parda*. Pero nada invalida ni obscurece lo dicho la verdad de que, siendo el catolicismo la definitiva religión del humano linaje, contiene y enseña, por medio de su Iglesia, con magisterio perpetuo é infalible, la más elevada metafísica y la moral más pura, fundamento sólido de todas las buenas artes con que los estados se gobiernan.

En este punto, Donoso es admirable, ya cuando ensalza á la Iglesia en elocuentísimo y sentido panegírico, ya cuando, en los últimos capítulos de su libro, donde por la fe ardiente y por la profunda sinceridad de sus convicciones no disuena el arrebatado lírico en prosa, nos habla de los encumbrados é inefables misterios de la Encarnación y de la Redención, y de cómo el amor divino llamó á sí y rehabilitó al ser humano, restaurando el esplendor y la limpieza de las cosas todas decaídas y deslustradas por la primera culpa.

Las alabanzas que acabamos de dar á los varones ilustres cuyo mérito recordamos hoy, alabanzas que el entusiasmo no ha encarecido, sino que tal vez pequen, porque la crítica las escatima, demuestran á las claras la no interrumpida persistencia del ingenio español y de su cultura hasta la edad presente. No ha menguado, por cierto, ni ha envejecido, ni ha perdido su fuerza, ni su virtud creadora, el gran ser de nuestra raza.

La decadencia política ha ido, no obstante, siendo mayor y más sensible cada día. No recordaría yo aquí nuestros últimos y grandes infortunios, si no fuese por la influencia que han ejercido y ejercen en el movimiento intelectual, por el abatimiento pesimista que nos infunden, y por las manías malsanas con que perturban no pocos espíritus.

Nuestro orgullo, que se extendía sobre toda la raza, en toda la prolongación de su historia y por cuantas regiones nuestra raza ocupó y dominó, llevando á ellas su civilización, sus creencias y su lenguaje, se ha reconcentrado hoy en pequeños espacios. Menospreciando cuanto es español en actualidad, ó por procedencia y origen, hemos amontonado en una sola región, y en las gentes que la habitan, las excelencias y perfecciones que pudieran atribuirse á todas. De aquí que los que ya en cada región imaginamos ser los únicos excelentes, estimemos desventura el haber estado unidos y el seguir unidos á los que valen mucho menos, y cuya estupidez ó perversidad es causa de nuestro atraso, rémora de nuestro progreso y cadena que nos ata, que reprime nuestro vuelo y que no consiente que subamos á las luminosas alturas de saber, de poderío y de riqueza, adonde se han encumbrado otros pueblos más felices; otras razas en su totalidad superiores á la nuestra. Esta enferme-

dad mental que se llama regionalismo, tira más ó menos desembozadamente á ser separatista.

Es innegable que las colonias se emancipan y no pueden menos de emanciparse cuando llega el prescrito y determinado momento; pero en la prematura emancipación de las nuestras han entrado por mucho, á mi ver, la exagerada estimación propia y exclusiva, y el injusto desprecio de todo el resto de la nación ó de la raza á que pertenecemos.

Hoy, no ya en tierras remotas que nuestros misioneros, soldados y políticos civilizaron edificando en ellas hermosas ciudades, cultivando sus campos y convirtiéndolo todo á vida ordenada y política, sino dentro de la Península misma empieza á dar muestras de sí la enfermedad que deploro.

No debe ser motivo de envidia, enemistad ó ruptura, sino prenda de mayor afecto ó estimación hacia aquellos con quienes estamos unidos, que se aumente el tesoro de la literatura patria con novelas como las de Narciso Oller y con dramas como los de Angel Guimerá. Toda España debe jactarse de Mosen Jacinto Verdaguer, como de Mistral Francia, y como Italia de Meli. El esmerado cultivo de idiomas gloriosamente literarios en otra edad y descuidados más tarde, merece alto aplauso si sólo es signo de exuberante vigor mental y lujo de expresión y de pensamiento; pero este esmerado cul-

tivo adquiere aspecto ominoso si le inspiran el exclusivo amor y la exagerada estimación de la patria chica y el menosprecio de la grande. El recuerdo de las glorias y de las grandezas que por separado alcanzamos, no debe menoscabar el concepto de las glorias y de las grandezas que alcanzamos unidos, y que, si no llegamos á separarnos, podremos y deberemos alcanzar todavía.

A quien no está muy lucido le conviene ser prudente, resignado y hasta humilde; pero la humildad no debe tocar en extremo vicioso. Y el afán de regeneración que hoy nos abrumba, va convirtiéndose ya en pesadilla insufrible y harto humillante. No se habló de regeneración en Zaragoza, cuando sus heroicos hijos la defendían contra los franceses. Nadie en el Transvaal habla de regeneración en el día. Quien aspira á regenerarse empieza por creerse degenerado, y esto á nada bueno conduce. No hay que creerlo, aunque desde Londres nos lo digan.

Ni menos hay que acusarnos de que para poco ó para nada hemos valido nunca: de que no hemos sido, por ejemplo, hábiles colonizadores, cuando hemos civilizado, colonizado y dominado, durante cerca de cuatrocientos años, casi todo el mundo que se extiende entre el Atlántico y el Pacífico. Del fecundo seno de España han salido las Repúblicas independientes que allí existen ahora y donde hay,



acaso, hasta cuarenta millones de hombres que no han renegado de la casta á que pertenecen por adopción ó natural origen y que hablan la lengua castellana. No hemos de temer que alguien se los trague por voraz y fuerte que sea. Ni hemos de temer tampoco que la madre que les dió el ser muera de consunción ó hecha pedazos. Cállense, pues, los curanderos que la suponen moribunda y que pretenden sanarla.

Yo, entretanto, como ignoro la Teología, que sirve, según Donoso, para gobernar los Estados, y como ignoro también la partida doble y la aritmética mercantil de los que se empeñan hoy en regenerarnos, pienso á mis solas que lo mejor es callarse y no alborotar para que la patria se restablezca y recobre sus bríos con sólo vivir tranquila, sin incesantes trastornos y disparatadas mudanzas.



### LA NOVELA EN ESPAÑA (1)

El elegante y discreto discurso que acabamos de oír basta á probar el buen tino con que fué elegido D. Jacinto Octavio Picón para tomar asiento en esta Real Academia.

El nuevo académico, al escribir dicho discurso, se ha apartado de la general costumbre, aunque no creo que le falten precedentes para ello, no disertando sobre determinada tesis, ni tratando de dilucidar teorías ó casos de nuestra antigua historia literaria, sino limitándose á escribir el elogio del personaje ilustre, cuyo asiento viene á ocupar, llamado por nuestros votos.

Sin duda es lícito limitarse en estos discursos de recepción á hacer el elogio del sujeto á quien se reemplaza, pero á más de ser lícito es, en mi sentir, conveniente y muy oportuno.

Ya por abatimiento de los ánimos, ya por estar

(1) Contestación al discurso de recepción del Sr. D. Jacinto Octavio Picón en la Real Academia Española, el día 24 de Junio de 1900.